Océano

Margarita Barbáchano

OCÉANO
EN BUSCA DE UN SUEÑO

Margarita Barbáchano

Avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2026
© Margarita Barbáchano Gracia, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 9791388449406
THEMA: FBA — FBQ — DCP — FBH
DEPOSITO LEGAL: M-25475-2026

A Quilapayún, por su música y su lucha. Sus canciones son himnos de libertad.

A Ezequiel Teodoro, mi editor, y su equipo, por acogerme entre sus autores en esta nueva aventura editorial.

A mi hijo Adrián, su mujer Marga y las gemelas Zoe y Vega. Ellas me hacen sonreír cuando llegan y me invaden de felicidad, con su cargamento de mochilas, peluches, risas y parloteo incesante.

A Julio Álvarez, por estar a mi lado y ayudarme en lo cotidiano para que yo pueda crear historias. Tú eres la fuerza de la que yo carezco.

A mi nueva y joven amiga Ana, mi farmacéutica adorable del Puerto de Calafell, por abrazarme fuerte cuando llego al mar. Ella sabe por qué.

A la doctora Toñi Soriano, de la Unidad de Traumatología y Rehabilitación del Hospital Miguel Servet, por no soltarme las manos cuando estoy rota.

A las "Imperfectas", cuatro amigas que tomamos el nombre de uno de mis libros de relatos. Nos queremos y nos reímos mucho cuando estamos juntas.

A Luisa Gavasa, estupenda actriz, que cuando me quejo siempre me dice: "Marga, que te quiten lo bailao". Sus audios son chutes de vitalidad y complicidad.

A todos mis lectores y amigos que me siguen y le dan al like cuando cuelgo mis artículos en las redes.

A mis amantes, que me han hecho feliz en algún momento y que he perdido en el camino.

"El pueblo unido, jamás será vencido".

Quilapayún (1973--2026)

Advertencia

Los personajes de esta novela son producto de la invención de la autora. Cualquier parecido con la realidad es mera fantasía.

Océano

Océano fue uno de los Titanes, una deidad primigenia con la que los antiguos griegos imaginaron al gran río acuoso que circundaba la Tierra, y de cuyo caudal surgían todas las fuerzas existentes, además de los ríos, las nubes y las corrientes de agua que rodeaban a todo el mundo. Eso creían los griegos y romanos. Poseidón era el señor de los mares y agitador de la tierra. En ese océano que une los grandes continentes surgen los personajes de esta novela, separados por una inmensidad física que los atrae al encuentro.

Conocí a Amanda Castro al final del verano de 2024. Me la presentaron unas amigas que la frecuentaban mucho, porque iban juntas a clases de teatro para aficionados en la universidad. Ese año me apunté también por aprovechar el tiempo libre que me brindaba mi reciente reducción de horarios como profesora de Análisis Digital avanzado e Inteligencia Artificial (IA). Me pareció una mujer llena de vida y de entusiasmo, y no aparentaba tener los setenta años que confesaba haber cumplido. Se quejaba, como todos, de pequeñas averías

que surgen con la edad. Esa tarde de septiembre, sentadas en una terraza al atardecer, me contaba que pronto se iba a París a encontrarse con un antiguo amigo de hace muchísimos años... "Ni te lo imaginas. Es una locura, pero me voy a tirar a la piscina. No quiero perderme esta oportunidad que me ofrece la vida". Amanda tenía ganas de hablar, de contar a alguien, no muy cercano, su aventura. Supongo que en mí vio a la persona ideal. Nos conocíamos superficialmente, solo del taller de teatro, y yo desconocía todo de su vida, si trabajaba todavía en algo, si estaba casada, si tenía hijos, en fin, todas esas cosas importantes en la vida de cualquier persona. De aquella tarde de mediados de septiembre solo recuerdo el brillo de sus ojos y de lo contenta que estaba, explicándome quién era ese hombre misterioso con el que se iba a encontrar en París.

Amanda

Todo ocurrió hace 43 años, entonces yo tenía 27 años, y también era septiembre, pero de 1978. Era una joven reportera que trabajaba como *freelance* para un periódico y alguna revista de Barcelona. El grupo chileno Quilapayún estaba de gira por España en un momento de efervescencia democrática. Era la época de los grandes recitales con los puños levantados, de los mecheros encendidos, de las proclamas de la izquierda y de las manifestaciones en solidaridad con Chile. Tiempos en los que la palabra revolución significaba algo todavía en este país. Solo hacía tres años que había muerto Franco y España respiraba nuevos aires de libertad. Me llamaron del diario *Tele Exprés* para que cubriera el recital, que se celebraba en la plaza de Toros de Zaragoza, y conseguir una entrevista con Leonardo Cortés Urrutia, el director y líder del grupo musical chileno. En esos años, Quilapayún arrastraba masas en toda Europa.

Asistí al concierto y salí entusiasmada, como todos los que estábamos ahí. Letras emblemáticas que coreábamos emocionados: *Voy a hacer una muralla, tráiganme todas las manos...* En fin, que salías de allí con ganas de abrazar a todo el mundo. Pero no me podía

relajar, porque debía arreglármelas para conseguir una entrevista con el jefe. Nada menos. Es como si vienen los Rolling y me mandan entrevistar a Mick Jagger, sin concertar antes la cita con la productora. Ya estaba a punto de darme la vuelta. Resultaba imposible acceder al camerino de Cortés. Entonces, uno del grupo se me acercó y me preguntó si era periodista (se me debía notar cara de pena). Le dije que sí y que tenía que entrevistar a Leonardo Cortés para un periódico de Barcelona. Ahora se iban a cenar algo al hotel, insinuando que ese quizás fuera el momento para interrumpirle.

Busqué el hotel. Ahora ya no podía dar marcha atrás. Entré donde estaban reunidos en animada charla cenando en una mesa larga. Me pregunté qué carajo hacía yo a estas horas de la noche incordiándoles después de un agotador concierto... Seguro que me mandaban a hacer puñetas. Pero el amable informante me vio y me invitó a sentarme a su lado, haciéndome un hueco entre las sillas. Mientras comía algo, observé al jefe que, afortunadamente, se encontraba lejos de mí. Parecía un hombre engreído. Pensé que seguramente fuera un divo antipático de esos que explotan el *show* latinoamericano para vivir del cuento del golpe militar contra Salvador Allende. Me suelo poner un poco borde cuando las cosas no salen como espero. A los cafés, mi anfitrión me acercó hasta el sitio que ocupaba Cortés Urrutia. Se le veía agotado y con ganas de irse a la cama. Hechas las

presentaciones de rigor, me miró de arriba abajo, no con muy buena cara.

—¿Y no podría esperarse a hacer la entrevista en Barcelona? Estaremos allí dentro de una semana —dijo, terminándose de beber el café de un sorbo.

Justifiqué mi premura porque la entrevista tenía que salir publicada mañana coincidiendo con su recital en Madrid. "Siento mucho molestar a estas horas".

—Bien, subamos a la habitación, pero solo veinte minutos. Estoy terriblemente cansado, y no quiero fotos. Busquen en el archivo de su periódico.

Me ofreció amablemente una silla y se sentó frente a mí en la cama. Él era bastante mayor que yo por aquel entonces (calculé unos diez años más), y supongo que debía estar acostumbrado a los efectos que causaba su atractivo entre el género femenino. Terminada la breve entrevista nos despedimos muy serios, dándonos la mano. Y antes de que yo abandonara la habitación, me dijo que sería un placer que nos viéramos en Madrid dentro de tres días en su próximo concierto. Me quedé de piedra.

¿Qué quería decir eso? Se preguntaba su amiga Clara, deseando que siguiera contando, que no parara,

aunque se nos hiciera tarde para, a continuación, coger el metro en hora punta. Yo estaba embelesada con la historia de Amanda y le rogué que por favor nos quedáramos un rato más. Como los niños pequeños cuando les lees un cuento que siempre preguntan "¿y qué pasó?". Así que seguimos hablando, más bien ella, porque yo era toda oídos. Solo hacía preguntas sobre cómo era el caballero que la tenía fascinada.

Como te digo, a Leonardo lo conocí un 11 de septiembre de 1978, yo era entonces una joven decidida y sin compromiso, hacía poco que había dejado la relación con un novio francés con el que me veía los veranos. Era una mujer libre y concienciada políticamente. Figúrate, las coincidencias de la vida. También un 11 de septiembre de 1973, el golpe militar de Pinochet derrocaba al presidente socialista Salvador Allende, que murió dentro del palacio de la Moneda armado con una metralleta que le había regalado su amigo Fidel Castro, con la que se suicidó para no entregarse a los golpistas. Y tengo la inmensa suerte de entrevistar a una persona que ya entonces era una leyenda, y no me lo pensé. Acepté el guante de esa despedida.

"Sería un placer que nos viéramos en Madrid en mi próximo concierto". Esas palabras resonaban continuamente en mi memoria. Seguí la gira del grupo chileno por varias ciudades españolas: Pamplona, Madrid,

Barcelona y París. En la ciudad de la luz y del amor terminó nuestra hermosa relación de amor apasionado, que guardaré siempre en mi recuerdo. Él ya estaba casado y con dos hijos que vivían en Francia, en el exilio desde 1973, donde permanecieron para salvar sus vidas y escapar de la muerte y de la tortura sistemática que practicaban los militares sublevados. Pasó un año y cuando regresé a Barcelona también era septiembre, y el otoño anunciaba su presencia con nostalgia y nuevos proyectos de vida.

La verdad es que Amanda me daba mucha envidia. Imaginaba que haber sido periodista durante tantos años le había dado la oportunidad de conocer a gente importante. Sin embargo, mi mundo estaba rodeado de pantallas, tecnología y técnica. Los algoritmos eran mi pesadilla, y aunque mi trabajo en la Universidad Autónoma de Barcelona me gustaba, faltaban esas emociones en mi vida. Tomar decisiones como la que estaba a punto de tomar Amanda, atreverse a su edad a emprender un viaje hacia lo desconocido en busca de un sueño, quizás. Me parecía una locura. Durante la larga conversación que mantuvimos en esa terraza soleada en Barcelona supe que tenía pareja estable y una hija que vivía en Londres. "Pero eso, querida, no tiene nada que ver. No voy a renunciar a una invitación que me ofrece la vida, sentirme viva de nuevo. Nada ni nadie me lo va

a impedir. Ya soy mayorcita. ¿No crees?", me dijo en un momento dado.

Yo hacía tiempo que había dejado de fumar, pero con Amanda contándome su aventura necesitaba encender un cigarrillo. Me giré y pedí uno, con descaro y un poco de vergüenza, a los chicos jóvenes que teníamos de espaldas. Ella se reía con ganas de mi ansiedad.

Haces bien, las cosas a nuestra edad hay que hacerlas pronto, cuando se presenta la ocasión subrayó resuelta. Y abrió el bolso para buscar en su móvil fotos del tal Cortés Urrutia cuando se conocieron. Es decir, hace más de cuarenta años.

La verdad es que el chileno no estaba nada mal: alto, delgado, bien formado, aunque con el poncho negro encima tampoco se veía mucho, con el pelo negro brillante y liso, con un mechón que se le escapaba siempre de la frente, y unos ojos negros que podían paralizar solo con la mirada. Era un hombre de los que no pasan desapercibidos. Se notaba, además, que tenía mando en plaza; no en vano era el director del grupo, compositor de la música y autor de muchas de las letras que entonaban a coro las voces los Quilapayún en el escenario. Tenía 37 espléndidos años.

Mientras me enseñaba las fotos, solo tres, me fijé que ella no estaba en ninguna; eso indicaba que se las debió pedir en su momento y posteriormente las pasó a su móvil. Me explicó que lo que más le gustaba era su voz, con ese suave acento chileno, y de hablar pausado y dulce. "Una de las cosas que más ansío es hacerme una foto con él, vamos, un selfi, con la torre Eiffel al fondo". Amanda sonreía como si volviera a tener esos maravillosos 27 años.

Isla Negra:
el pasado y los personajes

Todo empezó ordenando papeles, carpetas y documentos. Limpiando su viejo ordenador PC y pasando carpetas antiguas a su nuevo y flamante iMac o trasladando archivos directamente a la papelera. Pero cuando estaba a punto borrar ese *email*, junto con otros de remitente desconocido, amplió la imagen y se quedó sorprendida. eso ponía en el mensaje enviado al correo de Amanda Castro hace ya algunos años. Aunque borraba los correos cada cierto tiempo para no gastar memoria, este lo guardó por lo enigmático de la fotografía que adjuntaba. Una imagen muy hermosa en la que se veía a dos personas: una de espaldas mirando la inmensidad del Océano mientras, probablemente, hablaba, con las manos en los bolsillos, las tradicionales coderas de piel de la americana de invierno y su habitual gorra de marinero. El otro era un hombre joven que escuchaba con respeto al poeta. Eso se notaba en la leve inclinación de su cabeza, que ofrecía un perfil atractivo: vestía un abrigo corto, negro y en su mano izquierda sostenía una gorra roja. Esa era la única nota de color en la imagen, donde predominaban los grises azulados del mar al atardecer. Un mar embravecido por el oleaje rompiendo contra las